

## "LAS TIJERAS DEL TIEMPO"

"Ella caminaba siguiendo la línea atemporal de los sueños que nunca nos cansamos de perseguir. Él corría buscando la verdad que esconden las mentiras. Inevitablemente, chocaron. Se miraron a los ojos, y se perdieron. Nadie más nunca supo de ellos."

El nadie de esta historia es alguien que no soy yo. Como una pupila de esa pérdida de miradas. Como el capitán de un barco, sumergiéndose una y otra vez en el mar de sus ojos avellana, la ferocidad de su alma y el rugir de su corazón. Si cierro los ojos, aún puedo sentir la brisa de los sentimientos, golpeando mi piel sin piedad, azotando mi alma sin calma. Si me dejo llevar...aún puedo transportarme a la época donde amar era algo más que un verbo.

1955. Una España muy diferente. Las personas también. La gente, en las calles, pasando hambre. A veces miedo. Y raras veces, amor del bueno. La felicidad convertida en la droga cara por la que no todo el mundo puede pagar. Las barreras sociales eran más grandes que el muro de Berlín, que por esas fechas, aún no había separado a nadie. Era la España de 1955, y la vida, más que andar, corría.

En medio del hambre, la pobreza y los fútiles intentos de recuperación de un pueblo tras la guerra, dos jovencísimos guerreros, libraban sus propias batallas:

Ella. Alegre y aventurera. Ojitos pequeños pero radiantes. Pelo largo y salvaje. Inocente como un bebé. A la vez, demasiado madura para su edad. Soñadora y devoradora de libros. Coleccionista de castigos. Hermana menor. Y 15 años recién cumplidos, con el florecer de los almendros.

Él. 19 años, y la belleza masculina de la juventud. Travieso y bromista. Presumido y servicial. Dueño del carisma y la sonrisa más cegadora. Barbero desde los 6 años, más por necesidad que por placer. El mediano de 7 hermanos, fue puesto en los campos de trabajo con unas tijeras y una cuchilla de afeitador. Cortaba pelos y barbas a la vez que recortaba sonrisas. Un día, el trabajo se convirtió en amor, y nunca más pudo llamarlo trabajo.

La vida transcurría de forma tranquila hasta que llegó el día "X", ese que lo cambia todo sin que nos demos cuenta. Él simplemente pasaba por allí. Como lo hacían el viento, los obreros y los labradores. Como lo hacía el ganado, y los 869 habitantes de ese pueblo. Ese día, no trabajó. Tuvo que dedicarse a buscar niñas traviesas y no a recortar la barba enfadada de sus padres. El pueblo entero de acá para allá buscando a una pequeña diabla. Él siempre tan dispuesto, uniéndose a la búsqueda. Los rayos del sol se perdían en el horizonte cuando la encontró. Dormía plácidamente bajo una higuera. Su pelo, largo y del color azabache de las noches sin estrellas, se enredaba en las ramas como una serpiente. Mientras su pecho, ajeno a la preocupación del momento, subía y bajaba tranquilamente. A sus pies, un libro manchado de tierra, la descubría. No pudo evitar sonreír, al comprender que, mientras todo el mundo lloraba su búsqueda, ella se escondía leyendo novelas de niños. La niña de la higuera se ganó su corazón ese mismo día. No así él el de ella, que tras llevarla con su padre y ser el responsable indirecto del castigo de su vida, se convirtió en su más acérrimo enemigo.

Pero cómo siempre acaba pasando, el tiempo convirtió el odio, en algo parecido al cariño. Los días pasaban y el rencor de la joven iba dando paso a la admiración. El joven barbero dejó de ser el estúpido engreído que iba una vez por semana a pelar a su padre para sufrir una metamorfosis mágica y convertirse en su único y mejor amigo. Con cada visita, la complicidad entre ellos se hacía más grande. Y aunque para él, ella seguía siendo una simple mocosa a la que le había cogido cariño. Para ella, él había empezado a parecerse peligrosamente a los protagonistas de sus novelas. Durante un año entero, fueron uña y carne. Él haciéndole rabiarse como a una niña pequeña, y ella comportándose como tal. Ella robándole periódicos y revistas de la cesta de la moto. Él persiguiéndola y recuperando sus cosas a base de encarnizadas guerras de cosquillas que siempre ganaba.

La vida tenía un sabor dulce hasta que una carta la volvió amarga, sin previo aviso. El joven barbero recibió en una carta la orden del alistamiento militar. Era la hora de convertirse en hombre. Tuvo que meter sus recuerdos en una pequeña mochila y marcharse. Dejar en ese pueblo todo lo que le importaba: novia, 6 hermanos y a la pequeña de la higuera que se había convertido en su incondicional.

“Ese día, bajo la lluvia, lloró. No era tristeza, y no era alegría. Eran sensaciones. La imperiosa necesidad de vivir, y sentirse viva. Y si nunca lo has vivido, tampoco vas a entenderlo aunque leas estas líneas.”

Ella volvió a quedarse sola, con sus libros. Inerte como las nubes a las que siempre buscaba formas. Las cosas siempre suceden por algo. Y poco tiempo después, ella también tuvo que marcharse lejos. No eran tiempos de abundancia, y en casa, el pan faltaba. Unos familiares ofrecían hogar y trabajo, y la esperanza de una nueva vida en Barcelona. 4 meses y 6 días después de despedir a su querido amigo, se montó por primera vez en tren a su nuevo destino: Barcelona.

La época de Barcelona fue una de las más hermosas de su vida. La vida con sus tíos, su trabajo en la industria, la libertad, el cambio y el crecimiento personal. Sin duda, esa ciudad, y ese momento, fueron responsables de su nueva forma de observar el mundo. Un caleidoscopio lleno de formas y colores, pensamientos e ideas. Forjando a la persona que sería todos los días del resto de su vida. Dándole la lente capaz de iluminar lo que antes estaba en penumbra, el filtro colorido al mural monocromático que siempre había visualizado. Allí comenzó a amar el arte, a defender las causas perdidas y a reivindicar su papel en la sociedad. Allí, aprendió bien que todos tenemos los mismos derechos, y que las barreras, a veces, las ponemos nosotros. Barcelona la impulsó a tomar las riendas de su vida y ese mismo año, decidió que iba a ser artista.

“El tiempo les enseñó que lo más difícil de haberse ido del único sitio que habían conocido es que, aunque habían vuelto, nunca iban a ser los mismos que una vez decidieron partir.”

1958. Los años habían pasado. Y muchas cosas habían sucedido. El servicio militar llegó a su fin, y con él, la vuelta a casa. Convertido en un hombre de bien, cargado de sueños e ilusiones de juventud, el joven barbero retomó sus labores. Gran parte de su vida había cambiado sin apenas darse cuenta. El amor que una vez había sentido por su novia de toda la vida, había dado paso, en ese tiempo, a la indiferencia. Qué poderosa la

distancia, el tiempo y el olvido, o el destino, que ponen a cada uno en su lugar. Y en su camino.

“Volverás y ya no serás el mismo que quiso volar tan alto que quemó sus alas con el fuego del sol.”

Como el mar en calma cuando se desata la tormenta, una repentina enfermedad trastocó sus vidas. La joven dejó Barcelona y volvió a sus orígenes, para estar junto a su familia cuando más la necesitaban. Ver al hombre más fuerte que conocía, postrado en una cama, la hizo darse cuenta de la vulnerabilidad humana. Marionetas de plastilina en manos de un niño llamado destino.

Inútil e impotente, casi sin darse cuenta, ella también acabó enfermando. Dejó de salir a la calle. Apenas comía. Perdió la sonrisa. Se dedicaba únicamente a rezar, y cuando nadie la veía, lloraba.

"Tomé su mano y la apreté tan fuerte que la dejé blanca. Solo pretendía darle un poco de la vida que me sobraba, y a él le faltaba. No funcionó. Era duro verlo tan lejos estando tan cerca. No poder hacer nada. Había sostenido su mano durante toda mi vida, y ahora estaba empezando a soltarla. Nadie me había preparado nunca para ello".

Para el joven barbero, el regreso de la chica de la higuera, fue el momento que había estado esperando por mucho tiempo. Aunque no lo reconociese, todas las tardes paseaba delante de su casa con la esperanza de encontrársela. Tras varias semanas de preocupación sin saber nada, decidió que lo único que podía hacer era presentarse allí.

Llamó a la puerta con mucho miedo. El miedo a encontrarse a una desconocida, a que las cosas hubiesen cambiado, o a que el tiempo hubiese borrado todo lo que una vez vivieron. La puerta se abrió, y tras ella, apareció la niña de la higuera, menos niña que nunca. Más mujer. Más hermosa. La desolación oscura de sus perlas oscuras y brillantes se sumergió en el caramelo líquido de los ojos del joven. El rastro húmedo de su fino rostro, y unas marcadas ojeras, acompañaban la mirada más triste, que una vez había sido la más alegre.

“No pude reprimir el deseo de abrazarla, apretándola lo suficientemente fuerte como para quebrarle todas las penas. Por primera vez en toda mi vida de barbero, lo único que quise fue acariciar el pelo, y no cortarlo.”

Lo cierto es que, desde ese día, no hubo uno sólo en que el muchacho no estuviese presente. De una forma o de otra, siempre encontraba la manera de estar a su lado. Unas veces para afeitar al enfermo, otras simplemente para hacerle reír. Siempre con una broma, o un buen gesto.

Poco a poco, padre e hija fueron sanando. Las medicinas curaron al padre. Y el amor del barbero, al corazón de la muchacha. Algunas semanas después, se obró el milagro y el enfermo consiguió salir de la cama. Paralelamente, casi sin darse cuenta, la niña de la higuera, volvió a sonreír, de nuevo.

"Canciones en gramófonos. Paseos a la luz de la luna. Olas rompiendo bajo nuestros pies. El inexorable futuro abriéndose como un abanico. La duda y la certeza. Dos reflejos frente el mar, que acaban siendo uno".

El verano de 1959 se dedicó a mostrar las imágenes de un futuro en compañía del otro. Las aguas cristalinas del Mediterráneo, que por ese entonces era puro y salvaje, fueron testigos del nacimiento del amor predestinado de dos sujetos. El tiempo, a veces, es el culpable de la fortaleza de nuestras decisiones. Del ímpetu de nuestros sentimientos.

El fin del verano marcó el comienzo. El inicio de la vida juntos. Una pedida de mano y una propuesta de matrimonio. Como escenario, una frondosa higuera. En la mente, muchos sueños. En el corazón, demasiados sentimientos jugando a bombear más fuerte que nunca. Sístole y diástole bailando un vals. Cruces de miradas y una entrega de anillos. Los primeros besos. Las últimas promesas eternas frente a un altar.

“Los amores del pasado nunca podrán compararse a los de ahora. Será cosa de ideología, o de sentimientos. De costumbres o de cultura. De tiempos que pasan como un huracán, y cambian todo, hasta la manera de sentir.”

Se casaron y dedicaron toda su vida a improvisar. Él abrió un pequeño local barbero que siempre estuvo lleno. Ella lo pintó. Igual que pintaba sus días todas las mañanas. Con el tiempo, la niña de la higuera que aun vivía en ella, comenzó a escribir cuentos para niños. Dedicada a colmar las mentes infantiles de imágenes muy coloridas. No tardaron mucho en traer al mundo niños a los que llenar de sueños. Su primera hija, nació el 19 de Enero de 1961 bajo el nombre de Carmen, en honor a sus dos abuelas.

“Una minúscula mano de terciopelo agarrando mi dedo, la conexión de nuestras almas unos segundos infinitos. Un ser diminuto sosteniendo mi corazón eternamente. Solo precisé de un minuto en sus manos para saber que nunca más podría separarme de ella.”

Después nació otra niña, y el amor colmó sus vidas de nuevo. No quisieron tener más hijos, por miedo a que tanta felicidad se rompiese. Una mezcla de miedo y temor. Miedo a querer a tantas personas de tal modo. Temor a abusar tanto de la felicidad.

El chico apuesto que recortaba más sonrisas que pelo, siempre fue el tipo de persona que evitaba poner nombre a los sentimientos, para que fuesen menos reales. Sabía que sentir demasiado, a veces duele. Él en concreto, tenía motivos de sobra. Un corazón demasiado grande, y muy frágil. Un héroe sin capa, con una máquina de amar capaz de resistir dos infartos. Una sonrisa siempre dibujada en los labios. La entrega y la dedicación por bandera. Con su esposa e hijas, con sus nietos, con sus clientes y con el mundo. Quiso tanto en la vida, y a tal intensidad, que su corazón se desgastó.

Cuando se fue, un 31 de agosto, el sol brillaba como nunca, los pájaros cantaban, y los niños en la playa jugaban felices con sus palas. Su corazón se paró, y su último deseo se cumplió. Murió sin dolor haciendo lo que más le gustaba en el mundo: ser barbero. Hasta unos minutos antes de desplomarse, se dedicó a hacer feliz a los demás con su humor. El amor de su vida, en la cocina, terminaba un cuadro. Oyó el golpe y fue una metáfora de la forma en que esa pérdida golpearía su vida para siempre.

“Cuando todo sucedió, mis relojes se pararon y me sentí como una manzana a la que le han quitado el centro y empieza a oxidarse. Sin corazón, sin epicentro. Marchita, vacía. Qué difícil seguir viviendo cuando han apagado el motor de tu vida. Arrastrando las penas. Alimentándonos a base de recuerdos, que no puedes tocar, besar o abrazar.”

Hace casi 15 años que él no está. Las tijeras del tiempo aún siendo tan poderosas, no han logrado cortar la imagen de su recuerdo. Tengo 75 años, y cuando pienso en ese barbero apuesto con el que compartí mi vida, vuelvo a ser esa chiquilla traviesa que se quedaba durmiendo en las higueras. Ya casi no queda tiempo. Y sin embargo, he sido tan feliz, vivido tantas vidas. He cometido tantos errores, que debería sentir arrepentimiento. Extrañamente, lo único de lo que me arrepiento es de no haber cometido más. Mis huesos ya no se mueven como antes, pero mis recuerdos sí. Soy un mago viajando a través del tiempo. Y fui Napoleón, y Alejandro Magno, conquistando sueños.

El pasado sigue siendo una especie de magia inalcanzable, como la niñez. Para sentir esa magia solo tengo que cerrar los ojos. O ir a nuestra playa un día de sol. Sentir la brisa del mar como si fueses tú. Dejar que los rayos del sol me toquen como lo harías tú con tus cálidas manos.

Así como aprendemos a dar nuestros primeros pasos, aprendemos a dar nuestros primeros besos. A tomar la mano de las personas que nos enseñaran a vivir. Recorriendo un camino que nadie sabe a dónde lleva. Riendo y llorando. Bailando bajo la lluvia. Pidiendo deseos. Creyendo mentiras que hacen más llevadera la cruda realidad. Culpando a gatos negros de nuestra mala suerte. Dejando desnudas a las margaritas hasta que alguien nos quiera. Fingiendo ser felices en las fotos. Aguantando la respiración bajo el agua de una bañera a punto de desbordarse.

Todas las historias que nunca se olvidan están construidas sobre pérdidas dolorosas, lágrimas sinceras, y versos de amor. No hay nada más bello. Ni más triste. Ni más feliz. El amor y la muerte, siempre enfrentados. A un reloj de arena de distancia. A unos "carpe diem" de cercanía. Envueltos en la sábana del olvido. Azotados por el tiempo, que acaba oxidándolo todo. Esculpiendo en la memoria recuerdos a prueba de fuego, agua, aire y tierra.

Si escribo esto, es para que nadie olvide lo felices que un día fuimos. Para que siempre tengamos presente el hecho de que, al final, lo más importante, siempre somos las personas, conjugando todas las formas del verbo amar. Pasado, presente y futuro, cumpliendo la promesa que un día nos hicimos. Porque al fin y al cabo, la felicidad no es otra cosa que las historias que elegimos vivir. Una mezcla de los besos de las personas que ya no están. El compendio de los abrazos que dimos, y nos dieron. Lo que compartimos. Todo lo que perdimos, y aún más, lo que ganamos. Para mí, la felicidad de hoy, son los recuerdos del ayer. Para ti que estás por vivirlos, serán los de mañana.

La historia del barbero y la chica de la higuera no deja de ser el más claro ejemplo de que, a veces, los colores que no parecen mezclarse, acaban pintando el cuadro más hermoso. Un arte que duró toda la vida. Y que ni siquiera la muerte o el tiempo fueron capaces de vencer. En sus hijas, y en sus seis nietos, aún hoy, sigue latiendo el barbero que consiguió recortarle un mechón a la felicidad.

*Lady Chocolate*